



EXPIACIÓN

EL NUEVO LIBRO DE JUAN DE DIOS GARDUÑO

<<Lo que gobierna a los hombres es el miedo a la verdad>>

Henri Frédéric Amiel

1

A tardecía. La sombra de los cipreses calvos creaba prismas de luz sobre el pantano de Atchafalaya. La barca, ocupada por un chico y un hombre, flotaba adormecida entre miríadas de lentejas de agua, juncos y spartinas.

Llevaban todo el día allí, pescando. Un águila les sobrevoló produciendo una sombra pasajera. El chico la siguió con la vista hasta posarse en la copa de un árbol, no muy lejos de ellos. Después, se limpió el sudor. El hombre tenía una lazada con el sedal en el dedo gordo del pie y permanecía tumbado, con el sombrero de paja cubriéndole el rostro y escuchando una pequeña radio a pilas.

—¿Cómo lo llevas, Tom? —preguntó después de una hora de silencio.

—Mal —respondió este, que sujetaba suavemente su sedal con el índice y el pulgar de su pequeña mano, atento al más mínimo hundimiento de la pluma.

—No te preocupes —dijo su padre al cabo de unos minutos, señalando el saco de tela junto a la quilla—. Mamá Tuppa tendrá hoy para cenar étouffée.

—¡Pero yo nunca pesco nada!

—Date tiempo, hijo...

El chico aplastó de un manotazo al mosquito que le picó en el cuello. Una garza levantó el vuelo provocando bullicio con el batir de sus alas. Tom pensó en que quizá había visto algún aligátor. Aunque cada vez abundaban menos. No le gustaba pensar en aligátors, ya le habían advertido que muchos niños desatendidos del cuidado de sus padres habían sido devorados por ellos a orillas del Atchafalaya.

—Padre, ¿has escuchado lo del huracán? —preguntó intentando variar el rumbo de sus pensamientos.

—¿Han dicho algo nuevo? —contestó Richard levantando levemente el sombrero y mirando al niño.

—Viene hacia aquí.

—Ya.

—¿Qué haremos?

UN ADELANTO EN EXCLUSIVA PARA





EXPIACIÓN

EL NUEVO LIBRO DE JUAN DE DIOS GARDUÑO

—Pues lo de siempre, chapar las ventanas y esperar que no se lleve la casa volando. Poco más podemos hacer.

Tom se quedó mirando con fijación cómo un millar de mosquitos formaban una nube negra en la orilla de enfrente. El zumbido que producían era casi hipnótico.

—¿Iremos a resguardarnos a la iglesia?

—Como siempre. Mamá Tuppa querrá estar allí para rezar —confirmó el padre, que había vuelto a taparse con el sombrero.

Tom vio burbujear el agua y a varios peces pasar de lado a lado de la barca, jugueteando. Su padre comenzó a tararear una vieja canción cajún que ponían por la radio.

—Vamos, picad —imploró el niño en un susurro.

Intentó mover con suavidad el cebo para atraerlos pero no pudo. Rogó para que no hubiese picado una tortuga. Dio un tirón de tanteo. Nada. Agradeció que no fuera uno de esos bichos enormes, pesaban mucho y él no podía con ellas y muchas veces partían el sedal y se llevaban el anzuelo. Volvió a tirar, pero fue en vano. Sabía lo que había pasado.

—Creo que se me ha enganchado el anzuelo.

—No fuerces, mueve el sedal en círculos.

—Lo hago, papá, pero no sale —dejó de hacer presión. Odiaba cuando le ocurría eso y tenían que ayudarle. Anhelaba ser un gran pescador, como lo era su padre o como lo fue su abuelo. Pero era torpe. Rematadamente torpe.

Richard se sentó con parsimonia, se deshizo el nudo del pie y ató su tanza a un remo.

—Se te habrá enganchado en las algas. Trae acá —dijo apartando al chico y tirando él—. Mierda, Tom, te he dicho muchas veces que no pesques a fondo en esta zona, ¿para qué le pones tanto plomo?

El chico agachó la cabeza y reprimió el llanto.

Tras unos minutos de tira y afloja, haciendo círculos con el sedal, equis y todo lo que había aprendido con los años, Richard llegó a la conclusión de que aquello a lo que el anzuelo estaba enganchado no era un alga. Pesaba mucho más y estaba agarrado al fango con demasiada fijeza, aunque comenzaba a ceder.

—Ayúdame, Tom —dijo al cabo de otro rato—. Creo que traemos algo.

UN ADELANTO EN EXCLUSIVA PARA



PREVIEW

EXPIACIÓN

EL NUEVO LIBRO DE JUAN DE DIOS GARDUÑO

Tiraron juntos y se sorprendieron viendo aparecer un bulto enfangado, algunos peces se acercaron furtivamente y luego se alejaron con rapidez. Ya casi en la superficie, vieron que se trataba de un saco de tela medio descompuesto, atada la boca con una guita negra.

Lo levantaron a pulso y lo pusieron con esfuerzo sobre el bote, que se tambaleó con brusquedad. Surcos de sudor se dibujaban en sus camisetas y jadeaban. El sol ya comenzaba a ocultarse tras los árboles, dando un aspecto lóbrego al Atchafalaya.

Aquel saco apestaba.

—Apártate, hijo —comentó Richard, agachándose con un crujido de espalda y sacando la navaja para cortar la cuerda.

Tom, en lugar de apartarse, asomó la cabeza por encima del huesudo hombro de su padre. Aquello era raro, pero si habían encontrado algo valioso seguro que todos estarían muy orgullosos de él. Cuando Richard abrió el saco se echó hacia atrás y reprimió una arcada. Su hijo no tuvo tanta suerte, trastabilló, tropezó con el banco y cayó al pantano.

UN ADELANTO EN EXCLUSIVA PARA

TUMBA ABIERTA.COM
Entretenimiento fanáticos